

CUADERNO n° 4

ARCHIVO DOCUMENTAL
"MIGUEL BRAN"
M. C. P. V.

CEDOC
FONS
A. VILADOT

SUMARIO: "EL LUGAR DEL NOVENO CONGRESO EN LA HISTORIA DE LA IV INTERNACIONAL" (traducción de "Quatrième Internationale" n°38 julio 1969)

-RESOLUCION SOBRE EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCION PROLETARIA (II Congreso de la III Internacional)

EL LUGAR DEL NOVENO CONGRESO.....

La historia de la vanguardia revolucionaria está intimamente ligada a la historia de la revolución, al flujo y reflujo del movimiento revolucionario de masas. Es cierto que la organización marxista revolucionaria no es un simple reflejo de la realidad cambiante de la lucha de clases. Representa una selección de militantes, que tanto por su nivel de conciencia, como por su nivel de actividad, son capaces de adelantarse al movimiento de masas cuando este se ve arrastrado a una fase de declive. Es precisamente esta capacidad de la organización leninista para mantener la continuidad del programa y de la lucha por este programa, incluso en periodos de declive, lo que constituye uno de los argumentos más poderosos en favor del partido revolucionario de vanguardia. Convierte asimismo a un partido así o incluso al núcleo de ~~un~~ un partido así en uno de los principales motores de la renouación de la lucha misma de las masas, contrariamente a una leyenda tanasmente sustentada por los espontaneistas y antileninistas de todo género.

Ello no obsta a que no haya existido jamás una organización revolucionaria que haya podido lograr avances hacia un partido revolucionario de masas en las fases de retroceso del movimiento revolucionario de masas. Sin ser un reflejo mecánico de este movimiento, la organización de vanguardia, en definitiva, está determinada por aquel, tanto en el plano objetivo como en el plano subjetivo. En las fases clásicas de retroceso de la revolución de 1907 a 1912 en lo que se refiere a la revolución mundial el peso de las derrotas, de la pasividad de las masas, de la desmoralización de los cuadros, es más fuerte que el entusiasmo de los jóvenes, atraídos por la justicia del programa revolucionario.

Trotsky lo había comprendido muy bien. Resumio así las causas del estancamiento relativo del movimiento trotskista internacional durante los 10 primeros años de existencia (causas que por otra parte son aplicables también a los 5 años siguientes):

"Si, hay que paltearse la cuestión de por qué no progresamos en correspondencia con la validez de nuestros conceptos...

No progresamos políticamente. Si, esto es un hecho que expresa el declive general del movimiento obrero en el transcurso de los últimos 15 años. He aquí la causa más general. Cuando el movimiento revolucionario retrocede en general, cuando una derrota sucede a la otra, cuando el fascismo se extiende sobre el mundo entero, cuando el "marxismo" oficial constituye la organización más potente de estafa a los obreros, etc, de ello se deriva inevitablemente que los elementos revolucionarios han de trabajar contra la corriente histórica general, aunque nuestras ideas, nuestras explicaciones, sean todo lo sabias y todo lo exactas que pueda pedirse.

Pero las masas no se educan con pronósticos, con una concepción teórica, si no por la experiencia general de su vida. He aquí la explicación más general, toda la situación está contra nosotros. Ha de producirse un viraje en la realidad de clases, en los sentimientos, en las preocupaciones de las masas; un cambio que nos dará la posibilidad de un importante éxito político."

("Luchando contra la corriente", en Fourth International, Mayo 1941, p. 25)

Estas palabras, pronunciadas en Abril de 1939, resumen perfectamente la situación por la que ha pasado nuestro movimiento, durante todo un periodo histórico que se extiende hasta el final de la II Guerra Mundial: periodo de retroceso general de la re-

volución mundial, aunque hubiese alguno, avances temporales de la revolución, como en España y Francia a mediados de los años 30. En algunos países de Europa Occidental y de América del Norte, después de una breve llamarada inmediatamente después de la 2ª guerra mundial, este retroceso no solamente de la lucha de clases revolucionarias sino incluso de la lucha de clases obrera simplemente—además ha proseguido todavía durante mucho tiempo, situando de este modo a la vanguardia revolucionaria en las condiciones de aislamiento mas precarias.

En un período histórico de retroceso de la lucha de clases revolucionaria, la tarea fundamental consiste en defender el programa y en formar cuadros que salvaguardarán la continuidad del programa, de la experiencia adquirida durante las fases culminantes de la lucha revolucionaria en el pasado. Es a esta tarea que Trotsky y el movimiento trotskista internacional han dedicado sus esfuerzos después de su expulsión de la Internacional Comunista.

Esto no significa que estuviesen condenados a no tener una actividad más que puramente propagandística. El papel que desempeñaron los trotskistas americanos en la huelga de transportes de Minneapolis, en 1934, y en la organización de la C.I.O.; el papel de los trotskistas belgas en la organización de la huelga de los mineros en 1932; el papel de los trotskistas españoles y europeos en el primer empuje de las Brigadas Internacionales en 1936; el papel de los trotskistas vietnamitas en la organización de la lucha antiimperialista en Saigón, en 1937-38; el papel de los trotskistas holandeses en el apoyo a los motines de las flotas de las Indias Neerlandesas en 1933-34; el papel desempeñado por los trotskistas en numerosos países ocupados de Europa, en la lucha contra el imperialismo nazi principalmente, para disgregar el ejército nazi; todos estos hechos atestiguan un esfuerzo sistemático de rebasar la actividad puramente propagandística y tomar iniciativas en la lucha de clases revolucionaria misma. Pero en un contexto histórico profundamente desfavorable, estas iniciativas sólo podían representar una excepción y no la regla. Sólo tenían valor episódico y no podían tener como resultado una verdadera acumulación primitiva de cuadros. A la larga, la sucesión de derrotas, el retroceso del movimiento de masas y no los pocos éxitos aislados, determinaron la dinámica general de nuestro movimiento.

* El primer gran cambio histórico se produce en el curso de los años 40, dominando en él la victoria de la revolución yugoslava y la de la revolución china. A escala mundial, la sucesión de derrotas ha llegado a su fin. Empieza un nuevo ascenso de la revolución mundial. *

Este ascenso no es universal; en la Europa capitalista, los avances revolucionarios de la posguerra inmediata se ven aplastados por la traición estalinista y socialdemócrata (colaboración ministerial en Francia, en Italia, en Bélgica; desarme de los partisanos griegos, etc.). En los Estados Unidos, después de un breve llamarada de huelgas económicas intensas, en la Ley Taft-Hartley, una feroz contraofensiva del gran capital, el maccarthismo y el prolongado declive del movimiento obrero. Pero el peso de la revolución china y el ímpetu de la revolución colonial que aqueja a determinar, a escala mundial, el sistema capitalista es infinitamente más débil en 1950 que en 1940 o en 1930, que las relaciones de fuerza globales entre las clases se deterioran a expensas del capital y en provecho de las fuerzas anticapitalistas (proletariado industrial internacional, mas campesinos pobres de los países coloniales y semi coloniales).

No obstante las posibilidades del partido revolucionario, de la organización revolucionaria, no son una función directa de las relaciones de fuerza globales entre las clases. Hay cuatro factores que las determinan en ultimo análisis, de los cuales solo uno esta bajo la influencia directa de la actividad de los revolucionarios. Estos cuatro factores son: a) nivel alcanzado por la crisis del sistema capitalista internacional, b) nivel de la actividad del proletariado y de las masas trabajadoras en general, c) nivel de conciencia de clase alcanzado por este proletariado y por estas masas, y d) nivel de actividad, de conciencia revolucionaria y de autonomía organizativa de una vanguardia suficientemente amplia de las masas. Ahora bien estos cuatro factores no se derivan automáticamente uno del otro.

Salvo para los ciegos, la deterioración de la situación mundial desde el punto

de vista del capital internacional, del imperialismo, era ya evidente a principios de los años 50. No solamente había perdido el capitalismo la posibilidad de explotar una parte importante de Europa, no solamente la victoria de la revolución china acababa de arrebatarle el país más poblado del mundo, no solamente se veían sacudidos sus antiguos imperios coloniales por movimientos de masas e insurrecciones cada vez más violentas, sino que en la península coreana, el todopoderoso imperialismo americano, que parecía haber reducido al estado de satélites a países como la Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental, Japón e Italia, acababa de recibir un revés ejemplar por parte del pueblo chino, aunque agotado por 15 años de guerra ininterrumpida. Dien-Bien-Phu, la guerra de Argelia, la Sierra Maestra, son los ecos inmediatos de esta derrota sangrienta del imperialismo delante del Yalu.

Pero esta deteriorización de las relaciones de fuerza globales entre las clases (en la cual la reconstrucción rápida de la economía soviética y sus éxitos tecnológicos en el curso de los años 1950 tuvieron un papel nada despreciable), no implicaba automáticamente un ascenso paralelo de las luchas revolucionarias de masa en el mundo entero. En el curso de los años 1950, resulta ya aparente el desarrollo desigual de los tres sectores de la revolución mundial. La revolución colonial está embarcada en un ascenso ininterrumpido que iba a durar cerca de 15 años. La revolución socialista en los países imperialistas conoció un periodo de estancamiento que duró lo mismo. En cuanto a la revolución política en los estados obreros burocráticamente deformados y degenerados conoció altos y bajos, aunque con una línea ascendente desde el comienzo de la década de 1950 hasta la revolución húngara y una línea descendente desde 1956 hasta mediados de los años 1960.

Todavía menos podía deducirse automáticamente de la deteriorización global de las relaciones de fuerza a expensas del imperialismo y del avance continuo de la revolución colonial, un impulso automático de la conciencia de clase proletaria hacia un nivel más elevado, el de la asimilación del marxismo revolucionario.

Además, el proletariado internacional y sobre todo el proletariado europeo que había constituido durante tanto tiempo lo más esencial de su vanguardia, salía de un largo periodo de derrotas. Su nivel de conciencia medio en 1945 era mucho más bajo que lo había sido en 1935 o en 1923.

Después, mientras el fascismo había sufrido una derrota aplastante y su eliminación en Europa había estimulado indudablemente la confianza creciente de los trabajadores en sus propias fuerzas, el estalinismo mismo estaba lejos de ser eliminado como elemento nocivo, deformador o paralizante de la conciencia de clase del proletariado internacional. Al contrario, inmediatamente después de la II Guerra Mundial, cuando alcanzaba el punto culminante de su influencia. La victoria militar de la URSS, la asimilación estructural de los países del "glacis soviético", la posición predominante conquistada, sobre el movimiento obrero, en sus países respectivos, por los partidos comunistas, como el de Francia, Italia, Brasil, la India e Indonesia, el hecho de que tres revoluciones sucesivas - la revolución yugoslava, la china y la vietnamita - estuviesen dirigidas de hecho por partidos surgidos de la órbita estalinista, todo esto no podía por más de reforzar temporalmente la influencia y la fuerza de atracción del stalinismo sobre las grandes masas, sobre la vanguardia revolucionaria y la juventud en numerosos países.

Es cierto que nuestro movimiento había comprendido rápidamente la dinámica diferente de la extensión del modo de producción no capitalista mediante las intervenciones militares-burocráticas del Kremlin por una parte, y la extensión internacional de la revolución, dirigida por partidos surgidos de la órbita internacional del estalinismo, por otra. En el primer caso, la burocracia se vio reforzada; en el segundo caso se vio confrontada a una fuerza social antagonista en el seno mismo de "su" dominio. Habíamos sacado de ello la conclusión de que la crisis internacional del estalinismo iba a alimentarse fuertemente con la extensión internacional de la revolución, aunque la dirección de esta estuviese en manos de los partidos comunistas. Y la ruptura entre el Kremlin y el partido comunista yugoslavo, la crisis chino-soviética y las repercusiones de la guerra del Vietnam, no hacen más que confirmar la corrección de este diagnóstico.

No obstante, había algo profundamente desorientador para un movimiento trotskista educado a denunciar ante todo el papel contrarrevolucionario de los partidos ~~estali-~~ talinistas, al encontrarse bruscamente confrontado con dos revoluciones-aunque fueran revoluciones deformadas-dirigidas por partidos comunistas.

La historia nos permite hacer hoy un balance. Lo que ha sucedido en Yugoslavia, en China y en el Vietnam constituye una excepción, no una regla. Entre la presión de las masas revolucionarias, por una parte, y los ligámenes conservadores de los aparatos estalinistas burocráticos con el Kremlin, por otra (sin hablar de los lazos existentes de estos aparatos con los apañados de la democracia burguesa en numerosos países), la segunda ha resultado ser decisiva en la mayoría de los casos. Solo en condiciones excepcionales que frecuentemente hemos detallado (1), puede romperse el corsé burocrático, aunque sólo sea parcialmente, para obligar a estos partidos a salir de la órbita estalinista y a transformarse en partidos contristas, capaces de dirigir un movimiento revolucionario de masas.

Finalmente el desplazamiento del centro de gravedad de la revolución mundial hacia los países coloniales y semi coloniales evidentemente no favoreció la afirmación de la conciencia de clase política del proletariado en su nivel más elevado. Por la fuerza de las circunstancias, el proletariado de estos países tenía un peso reducido en relación con las otras capas de la población trabajadora (campesinos pobres, semiproletariado rural). Su peso en el conjunto del proceso de la revolución mundial era de este modo mucho más restringido que aquél que caracterizó el ascenso de 1917-1923, centrado en Europa, o incluso del período de 1935-1938. Además se trataba de un proletariado cuyas tradiciones marxistas y comunistas eran reducidas, cuyos cuadros habían quedado diezmados durante el período de reacción anterior a este ascenso revolucionario y que, al menos en un caso-el de China-queda incluso reducido ampliamente a la pasividad, como consecuencia de los efectos combinados de la ocupación japonesa, del terror del Kuomintang y de la orientación política adoptada por el PC chino.

Por todas estas razones, el ascenso revolucionario internacional a partir de 1949 se caracteriza por el predominio de una semiconciencia, el centrismo. Son precisamente los que dirigen las luchas revolucionarias en China y en el Vietnam. Son las tendencias centristas las que se ven alimentadas por los primeros efectos del ascenso de la revolución colonial y los comienzos de la crisis del estalinismo.

Ciertamente, la organización revolucionaria progresa, sobre todo geográficamente el número de países en que el movimiento trotskista está activo es el doble de aquél en los cuales actuaba en el período de reacción precedente. Pero estos progresos todavía son reducidos, puramente cuantitativos, y no modifican en absoluto la naturaleza fundamentalmente propagandística de esta actividad, salvo en Ceilán o en Bolivia, donde adquiere durante toda una fase un papel dirigente de importantes sectores del movimiento de masas (en Ceilán dirige la huelga general de 1953; en Bolivia dirigió sectores del proletariado minero).

En estas condiciones, es cuando la IV Internacional proyectó el cambio hacia una integración en el cambio de masas real de cada país, una de cuyas manifestaciones fue el centrismo (no la única). Este cambio correspondió a la dinámica real del movimiento revolucionario en aquella etapa-y sobre todo a los límites estrechos en los cuales permanecía encerrada la dialectica de la vanguardia revolucionaria-movimiento de masas amplio así como la forma predominante que tomaron los progresos en la conciencia de clase durante esta fase. La tarea de los marxistas revolucionarios era la de no asistir a este proceso como espectadores, no desempeñar simplemente el papel de críticos que distribuyen las etiquetas de "traidores" y de "centristas" entre unos y otros, sino de intervenir para llevar a un máximo militantes a la ruptura con las burocracias reformistas y estalinistas, tanto en el plano de la teoría como en el de la práctica de la organización.

Este significado fundamental del cambio operado por el 3º Congreso Mundial y por el Decimo Pleno del C.E.I., no se nos escapó en aquella época. En julio de 1954 escribíamos lo siguiente:

"...Las victorias de la revolución yugoslava y de la revolución china representan una fase inicial de la revolución mundial, dominada por la espontaneidad y el empirismo en las direcciones..."

Espontaneidad de las masas, dirección empírica, primer avance de la conciencia hacia el marxismo revolucionario he aquí cómo se caracteriza la primera fase de la ola revolucionaria mundial. Estas tres características pueden resumirse en la fórmula: la primera fase de la revolución mundial es la fase del centrismo. El término es poco preciso y vago; encierra de hecho todos los fenómenos de la política

• obrera más allá del reformismo y del estalinismo tradicionales, y más acá del marxismo revolucionario. En este caso, Tito y Mao Tse-Tung, Evran y los dirigentes del partido socialista japonés de la izquierda. Los dirigentes del 17 de Junio de 1953 (en Alemania oriental) y los dirigentes de la huelga de Vorkuta, los primeros dirigentes de las corrientes de oposición de izquierda en los partidos comunistas de masas (Marty, Rispin, etc) tienen todos su lugar en este conjunto heteróclito del centrismo. (E. Germain: "La revolución mundial, de su fase empírica a su fase consciente". Quatrième Internationale, año 12, n° 6-8, junio-agosto de 1954)

La experiencia ha confirmado que este análisis era correcto. Hasta mediados de los años 1960—con dos excepciones, en Cuba y en Japón los Zengakuren, de los que hablaremos más adelante todos los fenómenos de diferenciación de masas, todos los progresos de la revolución mundial han sido dirigidos por tendencias centristas, han adoptado formas centristas.

Hay que añadir que el cambio del 3º Congreso Mundial fue igualmente saludable por una razón que se relaciona con la composición interna de nuestro movimiento. El largo período de retroceso del movimiento obrero internacional y de derrotas de la revolución había marcado nuestra organización en la naturaleza misma de sus militantes y de de sus cuadros. Trotsky era plenamente consciente de ello, y se expresó así en conversación arriba citada con un camarada inglés:

"Tenemos camaradas que se unieron a nosotros hace 15 o 16 años, cuando eran muchachos jóvenes. Ahora están en la edad madura, y durante toda su vida consciente no han sufrido más que golpes, derrotas y derrotas terribles a escala internacional; están más o menos habituados a esta situación, aprecian profundamente la justeza de sus concepciones, y son capaces de analizar, pero jamás han tenido la capacidad de penetrar, de trabajar en las masas; no han adquirido esta capacidad. Existe una necesidad imperativa de observar lo que hacen las masas."

(Fourth International, mayo de 1941, pág. 126).

Esta capacidad de aprender a penetrar en las masas, a realizar un trabajo de masas en condiciones históricas precisas como las de los años que siguieron a 1948, no podíamos adquirirla, al menos en la mayoría de los países imperialistas, mediante un trabajo independiente, condenado a seguir siendo durante un largo período todavía un trabajo esencialmente propagandístico. Gracias al centrismo, la asimilación de estas capacidades nuevas que Trotsky ya consideraba tan importantes en 1939, ha sido lograda en lo esencial por nuestro movimiento.

La situación empezó a cambiar en el curso de los años 1960, y es el Mayo francés de 1968 el que ha relevado con mayor claridad este cambio. Todos nosotros lo hemos registrado con cierto retraso; el Noveno Congreso Mundial se ha esforzado en hacer asimilar este cambio al conjunto del movimiento revolucionario internacional.

El rasgo más sorprendente del cambio es la aparición de una nueva vanguardia revolucionaria a escala universal, que ha escapado al control de los aparatos estalinistas y reformistas y se ha organizado de manera autónoma. Los primeros signos importantes de este nuevo fenómeno se remontan, por lo demás bastante lejos: El "movimiento del 26 de Junio", que dirige la guerrilla, que derrota la Dictadura de Batista, independientemente del P.C. y todas las organizaciones tradicionales de la izquierda cubana, los estudiantes japoneses del Zengakuren, que independientemente del P.C., dirigen las potentes luchas de 1960. No obstante, estos casos permanecieron aislados en su época. Tan sólo después de 1965, el fenómeno empezó a conocer una extensión universal.

Las razones de este cambio son múltiples y complejas. Nos limitaremos aquí a señalar algunas de las más importantes. La primera se refiere a la naturaleza misma del período precedente es decir, al conjunto del proceso histórico descrito más arriba. La fase de ascenso de la revolución mundial en la segunda mitad de los años 1960, sucede a una fase donde pasar de alternarse las victorias y las derrotas, no pudo extenderse entre la juventud revolucionaria ningún fenómeno de desmoralización comparable al de los años 1933-1946.

Saliendo de la pesadilla del nazismo y fuertemente influenciada por el estalinismo, esta juventud pudo continuar siendo canalizada en 1945 y en 1950, por las tendencias tradicionales. Templada por numerosas experiencias revolucionarias del período precedente, confiada gracias a una serie de victorias espectaculares (China, Dien-Bien-Phu), Cuba, 2ª guerra del Vietnam), la juventud revolucionaria empezaba a liberarse de los límites del centrismo, a comprender plenamente la contradicción existente entre los enormes posibilidades revolucionarias de la época, por una parte, y el miserable oportunismo khrushcheviano y post-khrushcheviano, por otra (sin hablar de los reformistas). Empezaba pues a orientarse en una dirección revolucionaria. En el espacio de pocos años, los aparatos tradicionales perdieron en casi todas partes el control sobre la juventud de vanguardia, políticamente inculta y ávida solamente de acción; fascinaba también a buena parte de la inteligencia, ávida de "eficacia" y dispuesta a sacrificar

ficar gran parte de sus principios en aras de un "acercamiento" a la clase obrera, identificada con una sumisión incondicional al aparato estalinista.

En el curso de los años 1950, el monolitismo estalinista recibió golpes mortales de los cuales ya no se recuperó jamás. La ruptura con Yugoslavia, la experiencia titista, las relevaciones del XX Congreso del PCUS, el octubre polaco, la revolución húngara y su aplastamiento por los tanques soviéticos, la impotencia de los partidos comunistas, no solamente para dirigir, sino incluso para ayudar eficazmente a la revolución colonial, el comienzo de la controversia chino-soviética, después la ruptura espectacular entre los dos gobiernos, el nacimiento de una corriente castrista independiente en América Latina y de una corriente china en numerosos países, sobre todo de Asia—toda esta sucesión de golpes no permitía que subsistiera ya ninguna de las "certidumbres" fáciles de antaño. El resultado fue una fermentación considerable, sobre todo (por exclusividad) entre las filas de la juventud. Esta fermentación estimuló el espíritu crítico, el renacimiento de una investigación marxista, la reproducción de la literatura antiguamente excomulgada. Todo ello favoreció ampliamente la aparición de una nueva vanguardia revolucionaria autónoma en numerosos países, aparición que por los demás se vio acelerada por un largo período de política derechista de los khrushchvianos y post-khrushchevianos, tanto en relación con los problemas interiores como en los de la revolución internacional.

Los fenómenos particulares de la revuelta de los estudiantes, realizados en otra parte (2), coincidiendo con la pérdida de la influencia de los viejos aparatos sobre la juventud de vanguardia, contribuyeron a proporcionar a esta una base social y una fuerza de choque masiva, que comenzaron a crear una situación cualitativamente diferente a la de los períodos anteriores.

Finalmente después de 18 meses, un proceso objetivo de la máxima importancia refuerza todas las tendencias indicadas y les proporciona posibilidades aun más amplias para afirmarse. Después de haber encontrado durante más de dos decenios su centro de gravedad en el sector de la revolución colonial, la revolución socialista internacional se destaca en los países imperialistas, y la revolución política asciende nuevamente en numerosos estados obreros. Esta ampliación del proceso revolucionario mundial no significa en modo alguno que la revolución colonial llegue a su declive; por el contrario, la ayudará a remontar un estancamiento y un retroceso que se derivan de la contraofensiva imperialista en el período 1962-1967, y le facilita un nuevo impulso.

Pero esta nueva fase del ascenso de la revolución mundial viene marcado al mismo tiempo por un peso mucho mayor del proletariado industrial; por un nivel de conciencia mucho más amplias del marxismo revolucionario por los combatientes de vanguardia en la avanzada de la revolución.

Ciertamente, de los cuatro factores que determinan las posibilidades de expansión de la organización marxista revolucionaria, tres se han visto radicalmente modificados en sentido favorable—un nuevo deterioro de la situación del capitalismo internacional, un nuevo impulso en la combatividad de las masas, la aparición de una vanguardia ampliamente independiente de las organizaciones tradicionales, y capaz de tener un impacto real sobre determinados sectores de las masas—el cuarto sigue siendo aun ampliamente desfavorable. El nivel de conciencia medio de las grandes masas obreras sigue, al menos en los países imperialistas y en los estados obreros de Europa, más bajo que en los períodos revolucionarios más fervientes del pasado. Estas masas permanecen en gran medida bajo el control de las organizaciones tradicionales, a las que consiguen desbordar, de cuando en cuando, en los momentos de acción, pero sin la visión clara de una estrategia de recambio y de objetivos revolucionarios por los cuales pueda emprenderse inmediatamente la lucha.

Esta misma es la contradicción principal de la nueva fase en la cual ha entrado la construcción del partido revolucionario. Este puede adquirir rápidamente una fuerza numérica y un impacto social mucho más elevado que en el pasado. Lo que no puede todavía es liberar a los sectores clave del proletariado industrial del control de los aparatos tradicionales, para reagruparlos bajo la bandera de la revolución. La evolución en Francia, desde unos años, es la expresión más clara de esta contradicción; la volvemos a encontrar también con diversas variantes en Italia y en Japón, en Gran Bretaña y Argentina, sin hablar del caso de los Estados Unidos, donde esta contradicción es hoy día la más sorprendente.

No obstante, tampoco puede separarse totalmente la evolución de la vanguardia de la clase. La formación de una vanguardia autónoma favorece la cristalización de los elementos, más críticos y más combativos en el seno del proletariado. Encuentran allí un eco, principalmente por todo lo que se relaciona con la sensibilidad mayor de los trabajadores respecto de la crisis que sufren las relaciones de producción capitalistas mismas. El eco que la campaña por un control obrero empieza a encontrar en las empresas de un número creciente de países imperialistas, indica claramente que el nivel de con-

Pero esta nueva fase del ascenso de la revolución mundial viene marcada al mismo tiempo por un peso mucho mayor del proletariado industrial; por un nivel de conciencia mucho más elevado que el de la fase precedente, y por unas posibilidades de asimilación mucho más amplias del marxismo revolucionario por los combatientes de vanguardia que luchan en la avanzada de la revolución.

Ciertamente, de los cuatro factores que determinan las posibilidades de expansión de la organización marxista revolucionaria, tres se han visto radicalmente modificados en sentido favorable—un nuevo deterioro de la situación del capitalismo internacional, un nuevo impulso en la combatividad de las masas, la aparición de una vanguardia ampliamente independiente de las organizaciones tradicionales y capaz de tener un impacto real sobre sectores de las masas—el cuarto sigue siendo hoy ampliamente desfavorable. El nivel de conciencia medio de las grandes masas obreras sigue, al menos en los países imperialistas y en los Estados Obreros de Europa, más bajo que en los periodos revolucionarios más fervientes del pasado. Estas masas permanecen en gran medida bajo el control de las organizaciones tradicionales, a las que consiguen desbordar de cuando en cuando en los momentos de acción, pero sin la visión clara de una estrategia de recambio y de objetivos revolucionarios por los cuales pueda emprenderse inmediatamente la lucha.

Esta misma es la contradicción principal de la nueva fase en la cual ha entrado la construcción de un partido revolucionario. Este puede adquirir rápidamente una fuerza numérica y un impacto social mucho más elevado que en el pasado. Lo que no puede todavía liberar a los sectores claves del proletariado industrial del control de los aparatos tradicionales, para reagruparlos bajo la bandera de la revolución. La evolución en Francia desde hace un año, es la expresión más clara de esta contradicción; la volvemos a encontrar también con diversas variantes en Italia y en Japón, en Gran Bretaña y Argentina, sin hablar del caso de los Estados Unidos, donde esta contradicción es hoy la más sorprendente.

No obstante, tampoco puede separarse totalmente la evolución de la vanguardia de la clase. La formación de una vanguardia autónoma favorece la cristalización de los elementos más críticos y más combativos en el seno del proletariado. Encuentran allí un eco, principalmente por todo lo que se relaciona con la sensibilidad mayor de los trabajadores respecto a la crisis que sufren las relaciones de producción capitalistas mismas. El eco que la campaña por un control obrero empieza a encontrar en las empresas de un numero creciente de países imperialistas, indica claramente que el nivel de conciencia de las masas ya no es más que un factor estético y que la superficie, aparentemente más calmada y más conformista que la de la juventud, puede ocultar transformaciones moleculares que son capaces de provocar explosiones bruscas.

Frente a las posibilidades y también frente a las contradicciones de esta nueva etapa, había que determinar nuevas prioridades. A ello se dedicó en esencial el Noveno Congreso Mundial. La elección era simple: o bien proseguir una rutina determinada por la situación en el seno de las organizaciones tradicionales de masas y de las manifestaciones deformadas, contristas, del ascenso revolucionario, características de la fase histórica precedente de la revolución mundial; o bien orientarse resueltamente hacia lo que hay de más progresivo y de más prometedor en esta nueva etapa, es decir, hacia la nueva vanguardia revolucionaria joven, e intentar, a partir del refuerzo rápido que nuestras organizaciones pueden adquirir de este modo, emprender con mayores posibilidades de éxito el combate por la construcción de una nueva dirección de las luchas obreras, en el seno mismo de las empresas y los sindicatos. El movimiento no pudo en elegir la segunda parte de la alternativa, la única que permite explotar a fondo las posibilidades nuevas ofrecidas por el ascenso revolucionario en la presente etapa.

Este cambio no es solamente un cambio hacia la creación de organizaciones independientes, capaces de servir de polos de atracción para los militantes de la nueva vanguardia, que no son ya ni reformistas, ni estalinistas, y que intentan reagruparse nacionalmente e internacionalmente. Implica también un cambio de acento en cuanto a las formas de actividades principales del movimiento en este sentido,

5
nuestro movimiento esta en trance de efectuar, conserva toda su importancia. La irrupción del marxismo revolucionario hacia la creación de partidos revolucionarios de masas no es posible todavía, esto sera tarea de la proxima etapa. Pero a partir de esta etapa será posible lanzarse hacia la construcción de organizaciones de vanguardia capaces de tener iniciativas autonomas en la lucha revolucionaria. La historia demostrara que estas iniciativas pueden ejercer una influencia nada despreciable sobre el comportamiento, la actividad y el nivel de conciencia de masas mucho más amplias. En este sentido, el Noveno Congreso Mundial es el congreso que inicia la transformación del movimiento trotskysta de un grupo de propaganda en una organización de combate ya capaz de dirigir eficazmente acciones revolucionarias de vanguardia.

↓
¿no traen
Vanguardistas?